

---

# Señor, que vea... que vea tu rostro en cada esquina

---

Goretti Diarte

*En palabras del papa Francisco "Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental".*





Comenzar por lo más elemental... hacerse próximo de aquellos que más lo necesitan, que viven en la pobreza y marginación, que se sienten invisibles porque siempre que los vemos o nos cruzamos con ellos solemos apartar la mirada, cambiar de acera y dar un rodeo.

Estar presente en medio de la realidad de los más vulnerables te cambia la mirada, te hace ver más allá de tus propios problemas y dificultades, te lleva a salir de ti para ofrecerte al otro. Aprender a amarlo en su diferencia, en su situación muchas veces no buscada y cuando todos le dan espalda. Brindarle una palabra de aliento, escucharle sin juzgar, un apretón de manos o un abrazo...pequeños gestos con los que se sienten acogidos, que su vida importa, que no son invisibles.

Cuando Peio me propuso hacer la experiencia de vida comunitaria y servir en el Hospital de Campaña de Santa Anna (Barcelona), no me imaginé todo lo que viviría allí. Lo primero fue aprender a mirar a los ojos, acercarme

con humildad y compartir la mesa de la fraternidad, dónde más que ofrecer un plato de comida lo que buscamos con los cientos de voluntarios es brindarles compañía y crear un vínculo.

Al principio cuesta porque no tienes ni idea de qué hacer o decir para romper el hielo, luego vas viendo que ellos nada más saludarte te devuelven una sonrisa y con un ademán te dan permiso de sentarte a la mesa y compartir un rato. A veces solo se habla del clima, del fútbol y otras te abren su corazón y te cuentan su historia, cómo han llegado hasta aquí cruzando desiertos y mares, lo que supone estar a punto de perder la vida buscando un futuro mejor.

Vi en cada uno de esos hermanos el rostro de Cristo sufriente, quizás sin esperanza...pero en el fondo con ganas de vivir una vida mejor.

Desde la sencillez de la presencia y el cariño hacia ellos, experimenté la gratitud del amor y todo lo que recibí a cambio no me deja indiferente.

“Señor, que vea...  
que vea tu rostro en  
cada esquina. Que  
vea encenderse  
la ilusión en los  
ojos apagados de  
quien un día olvidó  
soñar y creer. Que  
vea oportunidad  
y llamada donde  
a veces sólo hay  
bruma. Que vea  
cómo la dignidad  
recuperada cierra  
los infiernos del  
mundo. Que vea en  
el otro un hermano,  
en el espejo, un  
apóstol y en mi  
interior te vislumbre”

Esta experiencia de vida en común ha sido un verdadero regalo. Vivir la fraternidad en el día a día sabiéndome hermana, compañera de camino, sostén y muchas veces sostenida por la otra persona que pone su vida y su historia en tus manos; es una pequeña prueba de lo que Jesús sueña para nosotros, que seamos todos uno como él lo es con su Padre y que se note cuánto nos amamos.